

1 Tesolonicenses 1:1-5a

Sermón 1 Tesolonicenses 1:1-5a Vigésimo segundo domingo después de Pentecostés

Is. 45:1-7; Mateo 22:15-21

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido, pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre.

Estamos a un domingo del fin de otro año de la iglesia. Es un buen tiempo para recordar las bendiciones que Dios nos ha dado en el pasado y en este año. Estos primeros versículos de la Primera Carta a los Tesalonicenses resumen algunas de las razones que Pablo menciona por dar gracias a Dios por los cristianos en Tesalónica. Cuando consideramos estos versículos, veremos que nosotros también tenemos muchas razones por dar gracias a Dios por lo que ha hecho aquí entre nosotros también. Consideremos, entonces, esta mañana, tres razones para dar gracias a Dios por los miembros de nuestra iglesia. Por la fe que produce obras, por el amor que produce trabajo, por la esperanza que produce constancia.

La fe, el amor, la esperanza. Esa famosa trilogía de características de los cristianos estaba presente también en los cristianos de Tesalónica. En otras partes también se habla de estas tres “virtudes” cristianas. Por ejemplo, en 1 Cor. 13 Pablo dice: “Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”. También en Colosenses menciona estas tres cosas: “Pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio” (Colosenses 1.4–5).

Pero la fe, el amor y la esperanza no son cosas abstractas. Tienen un impacto, producen resultados, algo que da evidencia de su existencia. Eso es lo que Pablo destaca cuando discute estas tres cosas en nuestro texto de hoy.

Da gracias siempre por la fe de los tesalonicenses. La fe es la gran cosa. Es por la fe que las personas se salvan, sin las obras de la ley. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna. Y Pablo sabe cómo ha sido que los cristianos tesalonicenses han recibido la fe. En el versículo 4 dice: “Sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido”. Dios los había escogido desde la eternidad para ser sus hijos por medio de la fe en Jesucristo. Y la evidencia de esa elección está en el efecto que ha tenido la palabra predicada en sus vidas. “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”. Cuando habían escuchado la predicación de Pablo y sus compañeros Silas y Timoteo, experimentaron el poder de esa palabra, una palabra capaz de tomar corazones duros e incrédulos y hacerlos creyentes y fieles. Ningún hombre puede hacer eso por su propia decisión. Dios es quien elige, y con su palabra obra por medio del Espíritu Santo para traer a la salvación a todos los que creen. Su llegar a la fe, su permanencia en la fe frente a terribles persecuciones; para Pablo ésas son evidencias de que los cristianos tesalonicenses han sido elegidos por Dios para la salvación.

Y la fe que recibieron los tesalonicenses ha dado prueba de su existencia también. Pablo agradece a Dios la “obra de vuestra fe” en los miembros de la congregación en Tesalónica. Uno de los comentarios que leí antes de preparar este sermón dice: “La radical oposición que Martín Lutero dijo haber encontrado en los escritos de Pablo entre la fe y el esfuerzo humano (obras) y que lo llevó a rechazar la Epístola de Santiago como una “epístola de paja” necesita mucha reserva. ... Nuestro texto claramente indica que Pablo no concibió de la fe cristiana como radicalmente opuesta a las obras. Para él, la actividad cristiana procede de la fe, y así probablemente habría dado su apoyo al punto de vista en Santiago 2:14-17”.¹ Pero ¿qué dice Lutero sobre el asunto realmente? Comentando sobre Gálatas 5:6:

¹ Wanamaker, C. A. (1990). *The Epistles to the Thessalonians : A commentary on the Greek text (75)*. Grand Rapids, Mich.: W.B. Eerdmans.

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor”, Lutero comenta: “La fe, por supuesto, debe ser sincera. Debe ser una fe que hace buenas obras por amor. Si a la fe le falta amor, no es fe verdadera. Así el apóstol impide por todos lados que los hipócritas entren en el reino de Cristo. Por un lado declara: ‘en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo’, es decir, las obras no valen nada, sino sólo la fe, y que ésta sin ningún mérito vale ante Dios. Por otro lado, el apóstol declara que sin frutos la fe no cumple ningún propósito. Pensar: ‘Si la fe justifica sin obras, no obremos nada’ es desprestigiar la gracia de Dios. La fe ociosa no es la fe que justifica. En esta manera breve Pablo presenta toda la vida del cristiano. Internamente consiste en la fe hacia Dios; externamente en el amor para con el prójimo”.

Así que la radical oposición entre la fe y las obras sólo se aplica a la doctrina de la justificación, en que sólo la obra de Cristo cuenta, y la fe sola recibe esa obra. Pero cuando se trata de lo que hace la fe, las buenas obras necesariamente siguen a la fe. En el caso de los tesalonicenses, eso es lo que Pablo observa, y da gracias a Dios por esa evidencia de una fe verdadera, una fe que obra, que produce una vida que los distingue del mundo que parece que ha quedado en la incredulidad.

¿Fueron perfectos los tesalonicenses? Seguro que no, pero Pablo prefería ver los frutos de la obra de Dios en ellos y agradecer a Dios en lugar de quejarse por las debilidades que todavía estaban presentes. Y nosotros tenemos que confesar que entre nosotros las cosas no son perfectas tampoco. Sin embargo, por medio de su palabra Dios también ha traído a personas a la fe aquí y les ha salvado de la destrucción. Y seguramente hay muchas obras entre nosotros también que han sido producidas por esa fe que Dios ha engendrado en el corazón de nosotros y nuestros hermanos por medio de la predicación del evangelio. Aprendamos de Pablo a mirar no sólo los defectos, sino sobre todo los frutos de la obra divina en nuestros hermanos, y demos gracias a Dios por ellos.

Pablo también da gracias a Dios porque observa en los tesalonicenses el “trabajo de vuestro amor”. Han experimentado el amor de Dios en Cristo Jesús. Fue un amor que no habían merecido. Cristo había venido y tomado sobre sí la culpa de su pecado y el castigo divino que habían merecido por sus hechos, y había llevado esa culpa a su terrible muerte en la cruz en su lugar. Esto les ha conmovido, de modo que reflejan ese amor en

sus relaciones con los demás. Cristo no había escatimado esfuerzos para redimir a esos pecadores indignos. Había dado lo último, su misma vida por ellos. Y ahora, viendo la necesidad de sus hermanos, y hasta sus enemigos, ellos también no insistían en que fuera digna la otra persona de ayuda. Sencillamente ayudaban. La palabra que Pablo usa para describir lo que ha producido su amor realmente se refiere a trabajo fatigoso, trabajo duro. Ellos también daban generosamente de su tiempo, sus recursos y su misma persona para servir con amor las necesidades de otros. No nos dice Pablo específicamente cuáles eran esas obras, pero da a entender que respondían a las necesidades de los de su alrededor aun cuando les costaba hacerlo, motivados por el amor de Cristo que habían experimentado.

La tercera cosa que Pablo agradece a Dios es la esperanza de los tesalonicenses. El fruto específico que se ve de esa esperanza es su paciencia o constancia. Pablo sólo pudo estar por unas tres semanas en Tesalónica antes que la fuerte hostilidad y persecución de los judíos lo obligaron a salir y proceder a Berea. Pero la oposición de los judíos no se apaciguó con la salida de Pablo, sino se dirigía contra los hermanos creyentes que quedaron atrás en Tesalónica. Frente a la incesante y severa persecución, esos creyentes quedaron firmes y confesaban fielmente su fe en Cristo. Animaban unos a otros a la firmeza en la fe. No se dejaron amedrentar para abandonar su fe en Cristo. ¿Cuál era el secreto de esa paciencia, esa constancia en la fe frente a tan severas pruebas? Fue su esperanza, su firme confianza en las promesas de futura bienaventuranza que Cristo les había dado. Sabían que si se quedaban fieles hasta la muerte, recibirían la corona de la vida. Sabían que tenían “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos” para ellos. Con esa firme confianza, esa esperanza, no dejaban que nada les debilitara su fe en Cristo, aun en los tiempos más difíciles.

La fe, el amor, la esperanza. Esos son los frutos de la predicación del evangelio entre nosotros también. En alguna medida, nosotros también hemos podido ver ejemplos de obras, de trabajo fatigoso, de constancia en la fe aun en circunstancias difíciles alrededor de nosotros. ¿Damos gracias a Dios por ello? ¿Pedimos a Dios que siga fortaleciendo estos dones de su gracia? ¿Presentamos siempre a nuestros hermanos ante Dios con gratitud en nuestras oraciones? ¡Qué Dios nos dé un corazón

como el que Pablo revela en nuestro texto de hoy! ¡Qué fortaleza esos preciosos frutos de fe entre nosotros como hizo en Tesalónica! Hermanos, ¡en vez de ver sólo los defectos, miremos las bendiciones de Dios que han venido con la predicación de su verdad, y también tendremos diariamente abundantes razones por dar gracias a Dios. Amén.